

Informar en tiempos de Wikileaks

Jean-Paul Marthoz

Periodista



Wikileaks ha sido uno de los temas más comentados y más controvertidos de la actualidad internacional del año 2010. De repente una organización aparentemente salida de la nada, un OVNI mediático, parecía hacer tambalear los pilares del sistema diplomático internacional.

*El hecho de que
diarios de
prestigio
decidieran
publicar los
cables neutralizó
el carácter
subversivo y
antisistema de
Wikileaks*

Hasta la publicación de los *War Logs* (Diarios de la Guerra) de Afganistán e Irak y de los cables del Departamento de Estado (el llamado *Cablegate*), Wikileaks había pertenecido al mundo de la información alternativa, se había movido en los recovecos de la actualidad, sacando a la luz de vez en cuando documentos confidenciales o secretos. Molestaba a los poderes como lo hacían otros mosquitos contestatarios, pero no parecía capaz de lanzar un desafío frontal al sistema.

Tampoco parecía que fuera a cambiar el funcionamiento del periodismo. Se asemejaba a otras fuentes alternativas que, como Indymedia, difundían en ocasiones noticias confidenciales o enfoques rebeldes sobre temas internacionales.

La divulgación en 2010 de un vídeo que mostraba cómo un ataque de un helicóptero estadounidense en 2007 en Bagdad tuvo como resultado la muerte de, entre otras víctimas civiles, dos empleados de la agencia de noticias británica Reuters tuvo un impacto significativo porque contradujo las explicaciones del Pentágono. Sin embargo esta revelación pertenecía al tipo de exclusiva que de vez en cuando aparece en el universo mediático internacional clásico.

La publicación de centenares de miles de cables cambió el panorama. De repente las autoridades estadounidenses descubrían la increíble vulnerabilidad de sus sistemas de almacenamiento y circulación interna de informaciones. La voluntad de conectar todos los centros de inteligencia para evitar la falta de coordinación revelada por la investigación sobre los atentados del 11 de setiembre 2001 había creado su propia disfunción, confiriendo a un suboficial, presuntamente Bradley Manning, la capacidad de grabar toneladas de datos sobre un disco duro, transferirlos a Wikileaks y provocar un sismo para la diplomacia estadounidense.

Muchas instituciones tuvieron que plantearse cuestiones de fondo sobre el impacto de Wikileaks. El Departamento de Estado, supuestamente protegido por sistemas de confidencialidad diplomática, se convirtió ante los ojos del mundo en una casa de vidrio transparente. ¿Cómo practicar la diplomacia y mantener relaciones internacionales en un entorno amenazado por el riesgo permanente de la revelación?

Wikileaks puso sobre la mesa también una cuestión filosófica en el país de la primera enmienda de la Constitución y de la libertad de expresión: ¿hasta dónde tolerar la revelación de documentos confidenciales?, ¿dónde está el límite entre el derecho a saber y la traición?, ¿cuál es la responsabilidad respectiva del *whistleblower* (el chivato), del primer destinatario (Wikileaks) y de los periódicos que publicaron los cables como primicia?

El caso Wikileaks desató la furia de la extrema derecha y de los sectores más nacionalistas de los Estados Unidos. Algunos, como Sarah Palin y locutores o blogueros de medios ultra, incluso lanzaron llamadas a “neutralizar” al director de Wikileaks, Julian Assange. Otros utilizaron este asunto como un pretexto para perseguir e intimidar a los medios liberales, particularmente a *The New York Times*, que se había asociado con Wikileaks para publicar y comentar estos cables y que tiene muy mala fama dentro de los círculos patrioterros o extremistas.

De hecho Wikileaks, que parece ligado a círculos anarquistas o antisistema, reforzó a los sectores próximos al Tea Party que tildan a los “liberales” de antiamericanismo y ofreció argumentos a los neoconservadores al difundir cables confidenciales sobre las maniobras de Irán, el doble juego de Pakistán con los talibanes o la corrupción de Mubarak.

Los círculos tradicionalmente favorables a una mayor transparencia de los organismos gubernamentales —la prensa “liberal”, las asociaciones de defensa de la libertad de expresión— también expresaron sus dudas. Muchos temían daños colaterales: el endurecimiento de las penas contra los funcionarios “soplones”, la clasificación más severa de los documentos internos e incluso la persecución ante los tribunales de los medios periodísticos “culpables de haber conspirado” con Wikileaks para atentar contra la seguridad nacional. También temían que la acusación de antiamericanismo y de espionaje contra Wikileaks pusiera en peligro el derecho de la prensa a publicar “secretos oficiales”.

Un impacto reducido

El hecho de que diarios de prestigio, como *The New York Times*, *The Guardian*, *El País*, *Le Monde* y el semanario alemán *Der Spiegel* decidieran utilizar estos cables neutralizó en cierta medida el carácter subversivo y antisistema de Wikileaks. Estos medios del *establishment* liberal convirtieron la polémica sobre la traición y el espionaje en un debate más clásico sobre el derecho de la prensa a actuar como un contrapoder y a difundir informaciones supuestamente confidenciales al público en nombre de su derecho a saber y a participar en el debate ciudadano. Estos medios actuaron también como bomberos en el sentido de que juzgaron de manera seria las implicaciones de la publicación para los individuos mencionados en los cables y el impacto sobre los intereses vitales y la seguridad de los Estados Unidos y de sus aliados. Contactaron con el Departamento de Estado y la Casa Blanca para averiguar la veracidad de los cables y sopesar las repercusiones de su publicación.

*La “parcialidad”
de Wikileaks al
limitar sus
revelaciones al
mundo occidental
constituye una
debilidad en
términos de
credibilidad*

Sin embargo, a pesar de la indignación de algunos altos oficiales, el impacto de los cables ha sido hasta ahora mucho menos dañino para la diplomacia estadounidense de lo que denunciaban los sectores más conservadores. Ha complicado el trabajo de unos diplomáticos en capitales más sensibles, hasta provocar la transferencia a otros puestos de algunos de ellos, pero, hasta ahora, ningún secreto vital ha sido revelado y la diplomacia estadounidense sigue trabajando sin demasiadas trabas. El impacto para Washington pertenece más al campo del malestar o de la vergüenza que al de la seguridad nacional.

Muchos periodistas, expertos de centros de estudios, analistas de servicios de inteligencia, diplomáticos extranjeros o juristas estaban al tanto de muchas de las informaciones contenidas en los *War Logs* y de las opiniones expresadas por los diplomáticos estadounidenses en los cables. Una lectura sutil de artículos de la prensa de calidad o de las audiencias de las comisiones de relaciones exteriores en el Congreso permitía muchas veces adivinar los puntos de vista de los funcionarios del Departamento de Estado sobre Gobiernos o individuos. Cualquier corresponsal de prensa que hiciera su trabajo de buscar hechos y opiniones en el mundo de la diplomacia sabía que los representantes estadounidenses se reían de Berlusconi o se irritaban ante la arrogancia de Sarkozy. También los periódicos de referencia de los Estados Unidos habían publicado bajo la fórmula clásica “según fuentes diplomáticas occidentales que han solicitado guardar su anonimato” la (mala) opinión de Washington sobre el clan mafioso de los Ben Alí o de las maniobras de la familia Mubarak.

Más delicado ha sido el caso de las personas citadas en los cables. Se desató una polémica a propósito de la publicación por parte de Wikileaks de nombres de los afganos que ejercían de ayudantes e informadores del Ejército estadounidense. El Pentágono se quejó de que tal publicación los ponía en peligro y los convertía en objetivo de pistoleros talibanes.

La misma polémica se levantó tras la publicación de los nombres de disidentes u opositores con los cuales los diplomáticos estadounidenses habían tenido conversaciones que se suponían confidenciales. El peligro de una difusión pública es real para estas personas y puede afectar a su seguridad y su credibilidad en los países en que militan.

Este hecho explica que organizaciones como Human Rights Watch y Reporteros Sin Fronteras hayan alertado sobre la necesidad de asegurar la confidencialidad de estos encuentros. Los periódicos y Wikileaks decidieron tomar más precauciones y borrar los nombres y los datos (fecha y lugar de la conversación, tema, etc.) que permitieran identificarlos.

El efecto de oficializar la información

El Departamento de Estado ha juzgado bastante insignificante el impacto directo de los cables, pero esto no significa que las publicaciones no hayan tenido indirectamente importantes repercusiones en los países mencionados.

La información puede ser un secreto a voces pero cobra otra relevancia cuando, en vez de rumorearse en los cafés o de intercambiarse en las tertulias, se publica en cables del Departamento de Estado. Muchos militantes de derechos humanos sabían que la embajada de los Estados Unidos en Túnez tenía un concepto negativo del clan Ben Alí y criticaba en privado la corrupción y la represión. Pero la publicación de cables confidenciales y oficiales contribuyó al cambio de relaciones de fuerza entre el Palacio de Cartago y la oposición. Quedaba demostrado que Washington no se opondría a un cambio democrático. De cierta forma y en cierta medida la revelación de los cables de la Embajada abrió un espacio a la oposición y dio legitimidad a la revuelta.

A veces los cables han jugado un papel perturbador en los debates políticos internos, al hacer público un enfoque inédito de hechos conocidos. Otras veces han permitido conocer la otra cara de la moneda al dar a conocer versiones de encuentros o discusiones que contradicen las declaraciones de políticos o diplomáticos. Bélgica, por ejemplo, descubrió que su ministro de Defensa, el democristiano Pieter De Crem, facilitó a sus interlocutores estadounidenses los argumentos que tenían que esgrimir para convencer al Gobierno belga de incrementar su participación en la guerra de Afganistan.

En cierto modo, estos cables han recordado a los periodistas que tienen que dudar sistemáticamente de sus políticos y buscar otras fuentes en vez de comportarse como taquígrafos del poder.

Las dudas

Wikileaks ha planteado muchísimos interrogantes. ¿Cuáles serán las consecuencias de la transparencia sobre la capacidad de los Estados de llevar a cabo una diplomacia efectiva? ¿Cuáles son las intenciones y la supuesta agenda escondida de su fundador? ¿Será Wikileaks un elemento permanente del nuevo entorno mediático? ¿O se convertirá más bien en una excepción, una chispa singular en un universo marcado fundamentalmente por la opacidad y el secreto?

La “parcialidad” de Wikileaks, es decir, la limitación de sus revelaciones al mundo occidental y más precisamente a los Estados Unidos,

La capacidad de Wikileaks de llegar al centro neurálgico del poder, y más concretamente a los círculos más secretos del Pentágono, ha sido muy limitada

constituye a mediano o largo plazo una debilidad en términos de credibilidad. Aunque ciertos cables han cubierto de manera crítica a jefes de Estado “del otro bando”, ya sean Putin o Fidel Castro, las autoridades estadounidenses están explotando este hecho para designar Wikileaks no como un actor legítimo del mundo de la información sino como un militante del antiamericanismo.

Dicho de otra forma: la fuerza de Wikileaks dependerá en gran parte de su capacidad de difundir informaciones confidenciales procedentes de países considerados hostiles a los Estados Unidos: Rusia, China, Irán, etc. Si no lo logra, sufrirá tarde o temprano, incluso dentro de la prensa liberal, del ambiente de sospecha que se ha venido creando sobre sus verdaderas intenciones y se convertirá en una “fuente tóxica” que pocos periodistas del *establishment* se atreverán a tocar sin recelos.

Para evitarse tales dilemas y para no depender de un mayorista imprevisible como Wikileaks, *The New York Times* ha decidido formar su propio proyecto de búsqueda y tratamiento de las fuentes confidenciales que circulan por Internet. La gran dama de la prensa que ha asumido irregularmente su papel de “perro guardián” frente al poder no puede permitirse el riesgo de ser acusada de traición o de complicidad con un grupo —Wikileaks— y una persona —Assange— de los cuales desconfía.

Deep secret

En cierto modo la avalancha de informaciones vertidas por Wikileaks ha demostrado que el verdadero poder no se localiza en la diplomacia. La capacidad de Wikileaks de llegar al centro neurálgico del poder, y más concretamente a los círculos más secretos del Pentágono, de la comunidad de la inteligencia o de centros exclusivos de poder ha sido muy limitada. Estos poderes disponen de sistemas de seguridad muchísimo menos vulnerables.

Ahora bien, la exigencia del derecho a saber se plantea precisamente de la forma más radical a propósito de estos grupos, el famoso “complejo militar-industrial” denunciado en 1961 por el presidente republicano Dwight Eisenhower. Para informar sobre este “Estado profundo” se necesita más que descargar y filtrar documentos. Supone un esfuerzo sostenido seguir una estrategia estricta, al modo de la investigación que publicó en julio de 2010 *The Washington Post* bajo el título de “Top Secret America” sobre el sistema gigantesco de inteligencia creado después del 11 de setiembre de 2001. Desde el punto de vista político, esta investigación, que duró dos años, tiene mucha más importancia que Wikileaks por su intención, por sus métodos y por sus resultados. Ha sido llevada a cabo por un diario

convencional para esclarecer un tema crucial en una sociedad democrática: el papel de los servicios de inteligencia y su rendición de cuentas frente a las instituciones democráticas. Ha seguido métodos de investigación que se ven como legítimos y propios de las prerrogativas y técnicas del periodismo de investigación. Ha permitido evaluar la potencia real de un poder escondido y ofrecer de esta forma un documento de referencia y de calidad a la ciudadanía y a las instituciones supuestamente garantes de la separación de poderes y de la constitucionalidad de las acciones gubernamentales.

El fenómeno Wikileaks, en vez de promover más transparencia, podría reforzar a esta “Top Secret America”. Está ya provocando una reacción más severa por parte del poder y justificando un entierro más profundo de los secretos en zonas menos accesibles. “Aparte de su voluntad de tratar de perseguir ante los tribunales a las personas que difunden la información”, escribe Scott Shane, “la administración Obama está decidida a utilizar la tecnología para preservar sus secretos. El Departamento de Defensa está reduciendo su programa de intercambio de informaciones. Ha quitado los grabadores de CD y DVD de sus computadoras. Está rediseñando sus sistemas de seguridad para que requieran la autorización de dos personas, y no solo de una, para mover grandes cantidades de información de una computadora clasificada a otra no clasificada y está instalando software que detecta las descargas de tamaño poco habitual” (Shane, 2010).

Perturbaciones en el planeta mediático

¿Ha sido la irrupción de Wikileaks el fenómeno más significativo de la revolución por la cual está pasando el planeta de los medios? Probablemente no. A pesar del escándalo fenomenal que se armó podría ser un epifenómeno pasajero frente a otras tendencias más significativas que determinan la manera en que la información circula en el mundo e incide sobre los acontecimientos políticos.

La discusión sobre el impacto de Wikileaks ha sido desplazada por los acontecimientos en el mundo árabe. Claro, la publicación de cables del Departamento de Estado sobre la mafia Ben Alí, el clan Mubarak o la enfermera ucraniana de Gadafi ha tenido cierto impacto sobre la deslegitimación de estas gerontocracias árabes (Wood, 2011).

Sin embargo la novedad mediática de estos acontecimientos se ha situado a otro nivel. Las rebeliones árabes han confirmado el poder de la cadena qatarí *Al Yazira*, ya no solo como una alternativa popular en lengua árabe a los medios estatales de la región, sino también en su versión en inglés como una alternativa o un complemento global a las grandes cadenas occidentales (BBC, CNN, France 24).

Los fenómenos de Wikileaks y de Facebook han tomado una importancia particular a raíz de los trastornos que vive el periodismo

Esta autonomía del espacio mediático árabe y su capacidad de ofrecer un marco interpretativo diferente de los acontecimientos es un elemento estructural del reordenamiento del planeta mediático. Corresponde a la emergencia de otras lecturas del mundo, promovidas por la proyección internacional de nuevos actores mediáticos, chinos, turcos, brasileños, que han desarrollado de manera ingente sus capacidades de cobertura y difusión autónoma de la información internacional.

Los eventos en Túnez o El Cairo han subrayado también la importancia de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación en la movilización de los protestarios. En Egipto se llegó incluso a hablar de la generación Facebook, porque uno de los motores de las revueltas fue la circulación por Internet y más concretamente en Facebook de fotos y comentarios que denunciaban la brutalidad de la policía egipcia.

Como en Irán después de las elecciones de 2009, la batalla de la información se ha librado al lado y muchas veces en contra de los medios oficiales y tradicionales. Estas tecnologías no sólo han permitido acelerar los procesos de movilización sino que además han creado redes autónomas de producción y circulación de las informaciones.

Con una gran agilidad técnica los activistas han sorprendido a las fuerzas de represión y se han beneficiado —otro fenómeno inédito del universo mediático— de la solidaridad de individuos y grupos dedicados a contrarrestar las medidas adoptadas por los Gobiernos autoritarios para silenciar a los guerrilleros de la web. Por ejemplo, durante la revolución tunecina, ciberactivistas extranjeros desataron un ataque de DDoS (Distributed denial of Service) contra los grupos gubernamentales. Ofrecieron consejos a los blogueros para despistar a los censores y asegurar su protección contra la policía de la Red.

La aparición de esta nueva internacional de los “quebradores de censura” en la red se perfila como un fenómeno inédito. Por ejemplo, la *Global Network Initiative*¹ que se compromete a proteger la libertad de expresión en Internet está compuesta de asociaciones de defensa de la libertad de expresión (Human Rights Watch, Committee to Protect Journalists), de grandes empresas (Google, Microsoft, Yahoo!), de fondos éticos (Calvert Group, etc.) y de centros académicos (Berkman Center for Internet & Society de la Universidad de Harvard).

Esta internacional incluye también a individuos de cultura anarquista o libertaria, entre los cuales están los ya famosos *Anonymous*, y a

¹ www.globalinitiative.org

los Gobiernos. En febrero del 2011, la Secretaria de Estado Hillary Clinton confirmó la intención del Departamento de Estado de apoyar a los ciberdisidentes víctimas de acciones represivas de Gobiernos autoritarios. Por su parte, la Comisión Europea ha financiado por medio de su instrumento europeo para la democracia y los derechos humanos algunos proyectos de apoyo a los ciberdisidentes, para proteger la seguridad de sus comunicaciones electrónicas.

La irrupción de los “information-doers” o los “periodistas ciudadanos”

Los fenómenos de Wikileaks y de Facebook han tomado una importancia particular a raíz de los trastornos que vive el periodismo. En los últimos años han aparecido legiones de “information doers” (fabricantes de información), como los llama el periodista de la BBC World Nik Gowing (2009), o de “periodistas ciudadanos”, como los califican otros, es decir, personas o asociaciones que irrumpen en el mundo de las noticias y compiten con el periodismo tradicional.

Al lado de la prensa tradicional se está creando un mundo mediático compuesto de individuos o de grupos que intervienen en todas las etapas de la cadena informativa, desde la recolección hasta la interpretación de las noticias. Han aparecido centenares de miles de nuevos comunicadores, desde el bloguero individual hasta ONG o centros de estudios que se comportan como medios periodísticos, suministrando sus propias noticias, ofreciendo interpretaciones de los acontecimientos y proponiendo opiniones como si fueran los editoriales o las columnas de la prensa convencional (Bogert, 2011).

Armados con su teléfono móvil, los ciudadanos filman acontecimientos y transfieren las imágenes a medios tradicionales o listas de correos electrónicos o redes sociales. Fotos del atentado en el metro de Londres en julio de 2005 o del aterrizaje “milagroso” del avión de la compañía US Airways en el río Hudson en Nueva York en enero de 2009 ilustran esta nueva realidad.

Su impacto es todavía más decisivo cuando revelan verdades que los Estados quieren ocultar. La foto de Neda, la joven iraní mortalmente herida por una bala durante las manifestaciones de protesta en Teherán en junio del 2009, llegó a simbolizar la represión del régimen de los ayatolá contra militantes del Movimiento Verde.

Más poderosa todavía fue la página de Facebook creada en junio de 2010 por Wael Ghonim, un ejecutivo de Google y activista de los derechos humanos. Difundió unas fotos tomadas con un móvil que mostraban a un joven empresario egipcio, Khaled Said, detenido por

la policía secreta en Alejandría y asesinado a golpes. Esta página, titulada *Todos somos Khaled*, llegó a tener 470.000 usuarios en febrero de 2011. Después de catalizar el movimiento de protestas se convirtió en uno de los canales más poderosos para difundir informaciones sobre manifestaciones y movilizaciones (Ghanam, 2011).

Los ejemplos de esta intrusión de “comunicadores ciudadanos” (Kelly, Kayaks y Gold, 2010) se han multiplicado hasta convertirse en algo casi normal en el flujo de la actualidad. En cada manifestación centenares e incluso miles de participantes o testigos filman las escenas, en particular cuando las fuerzas de seguridad intervienen. Permiten revelar abusos y desmentir “verdades oficiales”, como en el caso de Ian Tomlinson, un peatón fallecido en abril de 2009 después de haber sido agredido sin motivo por la policía durante una manifestación en Londres en la que Tomlinson ni siquiera participaba.

El fenómeno está ya tan consolidado que medios periodísticos tradicionales lanzan regularmente llamadas para recibir imágenes captadas por estos “fabricantes de información”.

De un modo más sistemático y más profesional algunos blogueros, hostigados por las autoridades, han sido reconocidos como periodistas por las organizaciones de defensa de la libertad de prensa Reporteros Sin fronteras (RSF) y el Comité para la Protección de Periodistas (CPJ, Nueva York) y cuentan con su apoyo. Es el caso del sitio Nawaat.org, que jugó un papel emblemático en las revueltas tunecinas y fue galardonado con el premio Net-Citizen 2011, patrocinado por RSF y Google.

Algunas organizaciones no gubernamentales actúan como verdaderos medios periodísticos. Human Rights Watch, la organización estadounidense de defensa de los derechos humanos, está en la vanguardia de esta injerencia mediática. Manda a sus “reporteros”, llamados investigadores de emergencia, a las zonas en guerra desde donde informan “en directo” sobre los acontecimientos como si fueran agencias de prensa, utilizando Twitter o Facebook, y formando parte del “ciclo informativo”. Contrata a fotoperiodistas famosos como Gilles Peress o Bruno Stevens para documentar situaciones de emergencia. Lleva a cabo investigaciones a largo plazo sobre temas de interés público, como las ventas de armas o el tráfico de personas. Ofrece el marco interpretativo, jurídico o político, de acontecimientos de actualidad.

Los comunicadores ciudadanos permiten revelar abusos y desmentir “verdades oficiales”

La reacción represiva

Ahora bien, esta nueva situación no puede llevar a la euforia. Incluso si algunos de ellos han sido desestabilizados por los nuevos medios, los Gobiernos autoritarios tienen una gran capacidad de esconder sus fechorías de la mirada mediática. Disponen de un abanico de medidas para privar a su población del acceso a los medios de información internacionales y para trabar la comunicación hacia el exterior.

Los teóricos del concepto de la “tecnología liberadora” —la idea de que Internet, Twitter o Facebook juegan esencialmente un papel positivo en la promoción de la libertad— encuentran una oposición creciente entre los ciber-escépticos. Evgeny Morozov, experto de la New America Foundation y profesor invitado de la Stanford University, ha dedicado un libro éxito de ventas (Morozov, 2011) a demostrar la ambivalencia de estas tecnologías y la capacidad que tienen los Estados para emplearlas en su propio beneficio.

En 2009, el Gobierno iraní, aprovechándose de tecnologías suministradas por empresas occidentales, utilizó los datos que figuraban en las redes sociales y en la telefonía móvil para identificar a los opositores y detenerlos. En Egipto, a principios del año 2011, el Gobierno de Mubarak casi consiguió “apagar las luces” al cortar totalmente el acceso a los proveedores de Internet, lo que redujo de manera drástica la capacidad de informarse en Egipto y sobre Egipto.

Es importante señalar que la existencia de estas tecnologías no borra los viejos métodos represivos empleados para intimidar tanto a los opositores como al público y a la prensa nacional e internacional. Para quebrar la revolución del azafrán en 2007 la Junta de Myanmar desató una represión violenta y expulsó a los periodistas extranjeros. En Libia en marzo del 2011 muchos periodistas, entre ellos reporteros de la BBC, del diario *The Guardian* y de *Al Yazira*, fueron víctimas de la brutalidad de fuerzas gubernamentales.

La violencia es uno de los mayores obstáculos al flujo internacional de la información. La utilizan Estados autoritarios pero también, cada vez con más frecuencia, “grupos no estatales”, tanto rebeldes como, por el contrario, ligados al aparato estatal. En Turquía, el asesinato del periodista turco-armenio Hrant Dink en 2007 fue obra del “Estado profundo”, un submundo de agentes secretos, de militares, de mafiosos y de grupos ultranacionalistas. En México, las matanzas ligadas al narcotráfico en la frontera norte implican a criminales pero también a miembros de las fuerzas de seguridad. Han creado un nivel de violencia que aterroriza y amordaza la prensa, transformando algunas ciudades de la frontera como Reynosa o Ciudad Juárez en territorios sometidos a una forma de narcototalitarismo (Comité para la Protección de Periodistas, 2010).

¿Un futuro para el periodismo?

Estos nuevos fenómenos —Facebook, los “fabricantes de información”, Human Rights Watch— responden a tendencias profundas que afectan al mundo de la gran prensa comercial. En los últimos años, los medios más convencionales, dirigidos al gran público, han disminuido sus capacidades de recoger e investigar informaciones. Han dejado cada vez más el mundo de la información *hard* para moverse en un universo *soft*, guiado por los valores de entretenimiento y de espectáculo.

Esta retirada de la esfera de la información se ha registrado aún con más fuerza en la cobertura de las noticias internacionales. Paradójicamente coincide con una globalización acelerada que hace que el mundo sea cada vez más interdependiente y que lugares lejanos estén cada vez más próximos e interconectados.

El fenómeno de esta retirada es particularmente agudo en los Estados Unidos. “Goodbye World”, escribía Peter Arnett en la *American Journalism Review* en noviembre 2003 al analizar el escaso espacio dedicado a las noticias internacionales en los grandes diarios regionales de los Estados Unidos. Su diagnóstico sin duda sería todavía más severo ocho años más tarde.

El panorama parece desolador. Periódicos que fueron famosos por su cobertura internacional han repatriado a sus corresponsales. El diario *Newsday* (Long Island, Nueva York), que ganó el premio Pulitzer en 1974 con su investigación global “The Heroin Trail” sobre las rutas de la droga y en 1993 con el reportaje de Roy Gutman sobre los campos de exterminio serbios en Yugoslavia, ya no tiene oficinas en el extranjero.

En Francia o Bélgica diarios regionales de gran tirada sólo dedican algunas columnas a las noticias internacionales, como si los acontecimientos de allá no afectaran a las poblaciones de aquí. En la televisión privada y pública el tiempo dedicado a la actualidad internacional se reduce cada vez más en beneficio de un “periodismo de proximidad” de tinte populista que organiza la ceguera frente al mundo. Como si la crisis del mundo árabe, por ejemplo, no fuera algo próximo, aunque incida en el precio de la gasolina, la tasa de crecimiento económica o los flujos migratorios. Como si la violencia del narcotráfico en México perteneciera a otro mundo aunque aliamente el consumo de drogas en Europa y dé poder a los grupos criminales transnacionales.

Estos fenómenos agudizan la desigualdad de acceso a la información dentro la sociedad. Una minoría de personas disponen de una información internacional amplia y de calidad mientras la gran mayoría se

Los medios convencionales han dejado el mundo de la información para moverse en un universo guiado por los valores de entretenimiento y de espectáculo

queda satisfecha con unos minutos en el telediario o algunos párrafos en la prensa escrita. “Si los periódicos paran de informar sobre lo que ocurre en el mundo”, escribía Pamela Constable en 2007 en *The Washington Post*, “temo que terminaremos con una élite microscópica que lea *Foreign Affairs* y una nación adormecida que vea la aparición fulgurante de ataques terroristas en medio de una avalancha de comentarios y chismes” (Constable, 2007).

La observación de la corresponsal del diario de referencia de la capital estadounidense no solo subraya que la cantidad de informaciones internacionales disminuye sino que su calidad está también contaminada por las prácticas periodísticas y por la ideología política.

Guiada por las mediciones de audiencias, convencida de que el público quiere emociones y drama y que se aburre rápidamente, la prensa más comercial pasa constantemente de la inflación a la deflación informativa. Unas pocas noticias, las que se prestan al avance informativo y a la dramatización, ocupan todo el espacio y relegan al margen o a la nada al resto del mundo.

En este contexto que oscila constantemente entre la indigestión y la escasez, la noticia muchas veces pierde sentido. Como analiza Matthew Baum en su libro *Soft News Goes to War* (2003), las cadenas de televisión local norteamericanas informan de lo que ocurre en el mundo no porque se interesen por estos acontecimientos sino porque las imágenes de la actualidad internacional corresponden a los estándares y a los formatos —crímenes, dramas, carreras de coches, *bang bang* y *bling bling*— de la actualidad regional o local del público norteamericano.

La tecnología favorece estas tendencias porque permite escenificar la información y dotarle de dramatismo por el uso del reportaje en directo. Produce un torrente de imágenes y sonidos que según la expresión del sociólogo Todd Gitlin “invade nuestras vidas, alienta emociones desechables y compromisos casuales, amenazando con hacer de la democracia un espectáculo secundario” (Gitlin, 2002).

Este contexto de *infotainment* (información y entretenimiento) y, como establece el informe de *Project for Excellence in Journalism* (2005), “la reducción del trabajo de investigación y de tratamiento periodístico” de la información abren las puertas a comentaristas y participantes de tertulias que ideologizan brutalmente sobre cualquier tema y desdeñan los criterios fundamentales del periodismo. En los Estados Unidos, la cadena Fox News, los programas radiofónicos de Rush Limbaugh y miles de blogueros agresivos crean un panorama mediático que promueve un concepto irracional y populista de la información.

A nivel de la política exterior, estos fenómenos en la esfera de los medios se añaden a otro tan preocupante como aquellos: la desinformación gubernamental, para crear lo que David Brock llama “una máquina de ruidos” (Brock, 2004) ensordecedora que excluye y deslegitima a las voces disidentes y aplasta las informaciones contrastadas y fundamentadas.

Este sistema prevaleció en particular durante los meses que precedieron la invasión de Irak por los Estados Unidos en 2003. Sometidos a una concentración de fuego propagandístico por parte de la Casa Blanca y del Pentágono, mal informados por periodistas parciales o temerosos, los ciudadanos se dejaron persuadir masivamente de los falsos argumentos utilizados por la administración Bush para “vender su guerra” contra Saddam Hussein. Fenómenos similares se registraron en Gran Bretaña donde los *spin doctors* (asesores expertos en tergiversar la verdad) del primer ministro Tony Blair contaminaron la esfera pública con informaciones casi o totalmente falsas (Martos, 2003).

Muchos expertos estiman que estas evoluciones que abaratan la calidad del debate son mucho más peligrosas para la capacidad de los Estados Unidos de llevar a cabo una política exterior racional que la revelación de los “secretos” de Wikileaks. En los últimos años una serie de autores ha dado la voz de alarma sobre el *dumbing down*, la simplificación e idiotización del discurso público, denunciando un sistema mediático adicto a los formatos en que “perros de ataque” polarizan, simplifican, estigmatizan, especialmente en tiempos de crisis. “La pasión viene a reemplazar la racionalidad en partes importantes del discurso nacional”, escriben Stefan Halper y Jonathan Clarke, “y silencia a las instituciones que normalmente proveen de perspectiva —las páginas editoriales de los periódicos, los centros de estudio y el Congreso—” (Harper y Clarke, 2007).

Este “ataque contra la razón”, tal como lo resume el título del libro del ex-vice presidente demócrata de Estados Unidos Al Gore (2007), ha desembocado en errores mayúsculos, como la guerra en Irak, la perpetuación del conflicto israelo-palestino o la falta de previsión en lo que respecta a las revueltas árabes en Túnez o Egipto. Ha favorecido, además, la emergencia del Tea Party y de su visión maniquea y agresiva del mundo, un fenómeno que tiene repercusiones en el debate sobre la política exterior de los Estados Unidos y promueve reacciones más nacionalistas y más militaristas (Mead, 2011).

El discurso público se simplifica y banaliza debido a un sistema mediático adicto a los formatos en que “perros de ataque” polarizan y simplifican

¡El periodismo importa!

El panorama de la información internacional incluye tendencias aparentemente contradictorias. Nunca ha habido tal profusión de informaciones y de informadores pero al mismo tiempo crecen la confusión y la ignorancia. Cunde también el sentimiento de que decisiones cruciales tomadas por los poderes nacionales e internacionales escapan a la mirada de la prensa y de los ciudadanos.

Esta observación aparentemente contradictoria supone un redefinición o más bien una reafirmación del papel fundamental del periodismo y de los intelectuales y activistas que quieren explicar, como dijo Milan Kundera, “la complejidad de la realidad” porque estiman que los ciudadanos tienen el derecho de disponer de las informaciones y de las opiniones que les permitan actuar dentro de la sociedad y frente a los poderes.

“Journalism matters!”. El periodismo tiene importancia. Así empieza el *Informe sobre el futuro del periodismo* de la Federación Internacional de Periodistas presentado en junio 2010 en Cádiz (Marthoz y Berger, 2010).

“El periodismo hace más que informarnos”, escribe Bill Kovach, ex-director de la prestigiosa Fundación Nieman de la Harvard University. “Permite que nos hagamos oír como ciudadanos en los centros del poder y nos da la posibilidad de monitorear y controlar las fuentes del poder que determinan nuestras vidas”.

Si bien la filosofía profunda del periodismo como sostén de la democracia no ha cambiado, sus misiones sí han evolucionado. Estas ya no consisten tanto en decidir, al modo de un “portero” (*gatekeeper*), de qué se habla o de escoger lo que se difunde o no en el espacio público. La *blogoesfera* ha convertido este papel tradicional en una ilusión porque su capacidad de ingerir y difundir informaciones es ilimitada y puede en cada momento desestabilizar a los medios que, por acción o por omisión, dejan de lado una información.

En este mar convulso de noticias la misión principal del periodismo reside primero en la selección de las informaciones que tienen importancia. Consiste después en darles o no el sello de la veracidad. Cada vez con más frecuencia, el periodista tendrá que ser no sólo un investigador de los hechos sino también un árbitro en las versiones de los hechos porque la profusión informativa, la presión de la competencia y la tiranía del tiempo (ser el primero) favorecen la difusión de rumores, de noticias erradas o manipuladas.

Ya no basta con oponer la verdad del poder a la verdad del contrapoder ni de difundir equitativamente las propagandas rivales. El

periodista y el analista tienen la obligación de distinguir entre la paja y el trigo y de establecer lo que constituye la versión más rigurosa de la información.

Esta responsabilidad se aplica a todas las fuentes: a los Gobiernos que han desarrollado sus sistemas de “gestión de las percepciones”, pero también a los que producen la información, a las ONG y a las organizaciones como Wikileaks. El riesgo de errores de buena fe pero también de manipulación es permanente. En 2010, por ejemplo, cuando Wikileaks difundió su famoso vídeo sobre el ataque de un helicóptero estadounidense sobre Bagdad, la organización eliminó unas imágenes que mostraban a un iraquí armado con un lanzagranadas, porque, como escribe Bill Keller, el director de *The New York Times*, “en su deseo de hacer de este vídeo una obra de propaganda contra la guerra” (Keller, 2011), no quería que este hecho restara fuerza a su interés de denunciar un ataque ilegal contra civiles.

A pesar del modo masivo e indiscriminado en que Wikileaks difundió sus toneladas de información clasificada, la “organización” de Julian Assange ha demostrado que el Gobierno de los Estados Unidos consideraba como confidenciales unas informaciones que tendrían que haberse puesto en conocimiento del público. Subrayó el conformismo, el oficialismo o la pasividad de gran parte de la prensa que no se ha esforzado en buscar la noticia real detrás de la noticia oficial y ha aceptado sin reservas la pretensión de las autoridades de decidir lo que es público y lo que es secreto.

Por lo tanto la lección de Wikileaks se aplica también a la necesidad de restaurar un periodismo de investigación y de revelación sin el cual los Gobiernos y los otros poderes pueden utilizar a su antojo sus aparatos de comunicación para imponer su agenda informativa y para mentir a los ciudadanos.

Wikileaks, escribía James Rubin, ex-secretario de Estado adjunto durante la administración Clinton, ha socavado la confianza que tiene que reinar entre instituciones estadounidenses como el Departamento de Estado o el Pentágono y sus interlocutores extranjeros (Rubin, 2010). En cierta medida y hasta cierto punto esta crítica es válida. Sin embargo el desafío más importante para las democracias es preservar la confianza entre los gobernantes y los gobernados y esta confianza tiene que basarse en un información amplia y veraz que permita sostener un debate informado sobre los retos más cruciales que tiene que afrontar una sociedad democrática.

Wikileaks ha subrayado el oficialismo o la pasividad de gran parte de la prensa que no se ha esforzado en buscar la noticia real detrás de la noticia oficial

Referencias bibliográficas

- Baum, M. (2003), *Soft News Goes to War. Public Opinion and American Foreign Policy in the New Media Age*, Princeton, Princeton University Press.
- Bogert, C. (2011), "Whose News? The Changing Media Landscape and NGOs", in *Human Rights Watch World Report 2011*. [En línea]. Disponible en <http://www.hrw.org/en/world-report-2011>
- Brock, D. (2004), *The Republican Noise Machine. Right-Wing Media and How It Corrupts democracy*, Nueva York, Crown Publishers.
- Comité para la Protección de Periodistas (2010) "Silencio o muerte en la prensa mexicana", Nueva York, setiembre del 2010. [En línea]. Disponible en <http://www.cpj.org/es/2010/09/silencio-o-muerte-en-la-prensa-mexicana.php>.
- Constable, P. (2007), "Demise of the Foreign Correspondent" en *The Washington Post*, 18 de febrero.
- Ghannam, J. (2011), *Social Media in the Arab World: Leading up to the Uprisings of 2011*, Center for International Media Assistance/National Endowment for Democracy, 3 de febrero.
- Gitlin, T. (2002), *Media Unlimited. How the torrent of images and sounds overwhelms our lives*, Nueva York, Henry Hold & Company.
- Gore, A. (2007), *The Assault on Reason*, Nueva York, The Penguin Press.
- Gowing, N. (2009), *Skyful of Lies and Black Swans. The new tyranny of shifting information power in crises*, Reuters Institute for the Study of Journalism/Oxford University.
- Harper, S. y J. Clarke (2007), *The Silence of the Rational Center. Why American Foreign Policy Is Failing*, Nueva York, Basic Books.
- Kelly, J., Kayaks, R. y H. Gold (2010), *The rise, challenges and value of citizen journalism*, Reuters Institute for the Study of Journalism/Oxford University.
- Keller, B. (2011), "Dealing With Julian Assange and the Secrets He Spilled", en *The New York Times Magazine*, 26 de enero.
- Marthoz, J. P. (2003), "Etats-Unis: face au marketing de guerre, une presse sommée de s'aligner", en Lamloum, O. (2003) *Irak. Les Médias en Guerre*, París, Éditions Sindbad/Actes Sud, pp. 19-64.
- Marthoz, J. P. y G. Berger (co-editores) (2010), *Journalism Unions in Touch with the Future*, Bruselas, International Federation of Journalists.
- Mead, W. R. (2011), "The Tea Party and American Foreign Policy. What Populism Means for Globalism", en *Foreign Affairs*, Marzo/Abril.
- Morozov, E. (2011), *The Net Delusion. How Not to Liberate the World*, Londres, Allen Lane (Penguin).
- Project for Excellence in Journalism (2005), *The state of the newsmedia*, Washington. [En línea]. Disponible en <http://stateofthemedias.org/2005/>.
- Priest, D. y W. Arkin (2011) "Top Secret America". [En línea]. Disponible en <http://projects.washingtonpost.com/top-secret-america/>
- Rubin, J. (2010) "The Irony of Wikileaks", en *The New Republic*, 1 de diciembre de 2010.
- Shane, S. (2010) "Keeping Secrets Wikisafe", en *The New York Times*, 11 de diciembre.
- Wood, G. (2011) "Arab Revolutions Through the Wikileaks Lens", en *Foreign Policy*, 9 de marzo de 2011.